SOLO UNA NOCHE

Iris Romero Bermejo

Image not found.

Capítulo 1

SOLO UNA NOCHE

—Jaime, no me parece una buena idea. No tendrías que haber aceptado —me reprocha mi mujer frunciendo los labios—. Han rechazado la herencia más de diez personas antes que tú, así que por algo será. No sé, no me da buena espina.

Apago el motor y saco las llaves del salpicadero.

—Paula, ya lo hemos discutido antes de llegar. Solo tenemos que pasar una noche y la casa será mía.

—Querrás decir nuestra...—me corrige, ya claramente enfadada.

Hago como que no la he escuchado y salgo del coche con ganas de confesarle que, tarde o temprano, todo lo nuestro será solo mío, ya que el piso lo compré antes de casarnos y esta casa es una herencia, así que cuando le pida el divorcio tendrá que marcharse con una mano delante y otra detrás.

Pero cuando se acerca, con esos rizos revolviéndose por el aire y esa cara de dulce y falsa inocencia, no sé, parece que se me olvida que me está engañando con otro.

Levantamos la mirada hacia el caserón en el que tenemos que pasar la noche, con el tejado de pizarra negra, la pintura de la fachada algo amarillenta y descascarillada y una gigantesca puerta de madera podrida. Sin embargo, con una reforma podría ser una maravillosa casa rural, proyecto que no se me quita de la cabeza desde el momento en el que se me ofreció la oportunidad de quedármela.

—¿Y quién decías que vivía aquí? —me pregunta.

Una tía tercera por parte de padre. Se llamaba Fuencisla, y su marido Hermenegildo. Aunque está muy retirada del pueblo se empeñaron en vivir aquí hasta su muerte, por lo que me ha contado el abogado.

—No quiero ni imaginarme pasar ahí dentro ni cinco minutos — susurra.

—Son las nueve, así que tendremos que estar más o menos hasta las diez de la mañana.

—¿Y si nos vamos a un hostal y volvemos mañana antes de que llegue el abogado? —insiste Paula, ya agotando mi paciencia.

—Como somos los únicos que hemos accedido, ha dicho que vendría a cenar con nosotros y pasaría la noche. De hecho, ya debería estar aquí. Y no, no podemos chantajearle para que haga la vista gorda —aclaro ante su especial brillo en los ojos, que solo yo conozco, ese que le sale cuando está pensando en hacer trampas.

—Tú y tu honradez… —se burla con paso decidido hacia la verja de entrada.

La observo abriendo esa oxidada verja con un ímpetu que me recuerda a cuando nos conocimos, a su constancia para que me declarase, a las tardes bajo las sábanas sabiendo que era el mejor sitio donde podíamos estar de todo el mundo, y sobre todo, a la complicidad que teníamos, yo el tontorrón y buenazo y ella demasiado listilla, pero que aún así me quería y me protegía. No, ni yo soy ya su objeto de adoración ni ella es para mí ese salvavidas.

Ya no.

—¿Qué haces? ¿Vas a pasar o qué?

Giro la llave en la cerradura no sin cierta dificultad y abro la puerta despacio, intentando no escuchar el chirrido tan desagradable que provoca. Paula está detrás de mí, tan pequeñita y tan malvada.

La muy… me está empujando para que entre yo primero, claro, el grandullón sin cerebro que vaya por delante.

Me olvido de ella cuando veo a duras penas el vestíbulo, grandiosamente envejecido. Una monumental escalera domina la estancia, con los tablones de madera partidos, igual que los tapices y las alfombras, que en su tiempo debieron ser majestuosos, pero que ahora están descoloridos y descosidos por los bordes.

Un sonido en el techo, provocado por una lámpara de araña meciéndose hace que Paula me coja de la mano y me apriete con fuerza. Ya no me acordaba lo que era sentir su suave palma entre mis dedos. ¿Cuánto hace? ¿Seis meses que no me toca ni con un palo?

—¿Estás seguro de que te quieres quedar esta ruina? Con tanta telaraña yo no sabría ni por dónde empezar…

Le quiero contestar que aunque estoy a pan y agua desde hace meses, de sobra sé que ella no tiene problemas de telarañas ahí abajo, pero no,

tengo que mantener la mente fría y pensar en mi ya casi proyecto.

Siento que suelta mi mano y se aleja. Doy una vuelta pensando en las mejoras que le puedo hacer a la estancia: si cambio las ventanas, quito el polvo, arreglo la escalera y el suelo y…

Un grito me saca de mis planes, juraría que ese grito es de Paula, aunque hace tanto que no la oigo hacer ese tipo de sonidos que… No está conmigo, así que decido ir a buscarla cuando aparece por una de las puertas con la cara desencajada.

—¡Vámonos! ¡Te lo pido por Dios! ¡Vámonos de aquí!

Literalmente me está arrastrando a la salida con una fuerza sobrehumana, pero no deja de ser bajita y delgada, así que la sujeto, deleitándome con su delantera que aprovecho a catar disimuladamente.

—Por favor, por favor…

Me encanta verla vulnerable después de tanto tiempo, tanto que la recuesto como puedo en el suelo y la rodeo con mis brazos.

—He ido a la cocina a cotillear —empieza a decir, ya más calmada—, y cuando estaba comprobando si los cubiertos eran de plata he sentido una mano que me tocaba el hombro y me traspasaba con un frío de mil demonios.

—Me parece que trasnochas con *Cuarto Milenio*…

—¡No me quedo aquí ni loca! ¿Has visto los retratos? Seguro que tus familiares quieren vengarse de mí y que…

—¡No me digas! ¿Y por qué querrían hacer eso? ¿Es que acaso me has hecho algo malo?

Cuando le suelto la pregunta cambia la expresión y vuelve a ser la cada vez más misteriosa desconocida con el cuerpo y rostro de mi mujer pero que ya ni se percata de que respiro y de que cada noche le preparo la cena. Hablando de cena…

—A lo mejor también hay espíritus en casa, esos que limpian, que te hacen la cena, que recogen tus bragas cuando te duchas…

—¡Serás guarro! ¡Yo nunca dejo mis bragas en el suelo! A ver si vas a ser tú el que las va buscando al cesto...

—Antes me las dejabas por la casa para que te siguiera el rastro.

Se queda con la palabra en la boca, y yo deseando borrar de su mente mis últimas palabras. ¡Seré idiota! ¡Qué más da! Ya he decidido divorciarme, así que debería darme igual a quién le va dejando la lencería. Quiero olvidarla, desintoxicarme de su maldad y empezar de cero con este proyecto, pero cuando la miro…

Me levanto sin miramientos y dejo que se dé con la cabeza en el suelo, a ver si va aprendiendo quién manda en mi vida.

¡Yo! ¡Yo soy el que mando!

—Quería esperar hasta mañana para que sufrieras esta noche en balde, pero ya no aguanto más. Quiero el divorcio.

—¿El divorcio? —repite ella levantándose despacio—. Jaime, yo, yo no quiero separarme de ti.

—Hace seis meses que vivimos separados, lo que pasa es que no nos hemos querido dar cuenta. Interpretamos un matrimonio que lleva muerto demasiado tiempo.

—¿Pero qué estás diciendo? —suelta de repente, con un antiguo brillo en la mirada, uno del que ya no me acordaba, ese que salía cuando luchaba, especialmente cuando luchaba por mí.

—Sé que me estás engañando con otro, con ese del trabajo —confieso a la desesperada, soltándolo de golpe, sintiendo un alivio y un dolor ya inesperado.

—¿Estás tonto o qué? ¿Qué tío del trabajo? ¿Agustín? ¿Ese soplagaitas? Mira Jaime, cuando te encontré decidí no dejarte escapar, nunca, ni siquiera en la otra vida. ¿Qué llevamos meses sin acostarnos? Sí. ¿Qué ya no soy cariñosa? Pues también. ¿Qué he estado esperando que vuelvas a conquistarme en vez de quedarte dormido como un pelele en el sofá? ¡Pues también! Pero ni tus ronquidos ni tus pedos van a hacer que te deje de querer, ni siquiera cuando ya ni me miras cuando me paseo desnuda delante de ti…

—Antes casi nunca te depilabas, ni te maquillabas, ni ibas al gimnasio —contraataco, luchando por mantener mi ya estúpida carta debajo de la manga.

—Como no me hacías caso pensé que tendría que estar más atractiva, pero nada hijo, ni con esas.

—Yo pensé…

—Sí, tú pensaste. Ese es tu problema, que no dejas pensar a quien tiene que hacerlo, que soy yo. Pero mira que eres tontorrón… Para que veas lo que te quiero voy a acceder, solo por ti, a quedarme en este antro toda la noche, acurrucaditos, hasta que salga el sol.

Justo cuando voy a sellar nuestra reconciliación con un beso aparece por la puerta el abogado. Antes de que abra la boca le aclaro con urgencia:

—Esta noche vamos a pasarla mi mujer y yo solos, ni un alma más. Así que usted decide, o acampa en el jardín o se va a un hotel.